

lograrse, en someterse a un esfuerzo hecho de mala gana. Para el hombre inculto, es el precipitado de esta experiencia práctica la impresión que el deber significa una amarga imposición y que su cumplimiento va acompañado de numerosos desagradados. El teórico, el filósofo, hace derivar desde su empirismo un principio y expresa la observación que el hombre moral obra con frecuencia en contra de su propio interés inmediato con el pretencioso axioma: «La moral excluye a priori todo pensamiento utilitario». Y sin embargo, el filósofo, como el hombre inculto, caen de lleno en la misma superficialidad. No penetran bastante adentro hasta llegar a la comprensión que la moral del placer, del interés y del deber, el edonismo, el utilitarismo y el imperativo categórico llegan por casi idénticos caminos al mismo fin, al eudemonismo. El cumplimiento del deber procura una satisfacción espiritual, una excelente sensación de placer que aumenta en exacta proporción con el esfuerzo que exige alcanzarlas. El interés implica también una sensación de placer, puesto que todo interés en último término, tiene por fin procurarse un placer. En este fin se basa todo interés, es el interés primitivo del cual son derivadas todas las clases de interés, por diversas que parezcan, es el fin común donde viene a parar todo esfuerzo humano, ya sea la adquisición de la riqueza, satisfacciones de ambición, conquista de amor y amistad, valores materiales, espirituales, personales o sociales. Interés es defensa de sí mismo y aumento de intensidad de vida. Todo esto está acentuado por sensaciones de placer; por lo tanto, interés es, desde luego, idéntico a sensación de placer y una acción moral realizada por interés es una acción moral encaminada a lograr una sensación de placer aunque sea penosa, aunque momentáneamente se la perciba como ardua o molesta. El edonismo no tiende a disimular su índole y su tendencia. Francamente confiesa lo que niega el imperativo categórico y lo que oculta u oscurece con circunlocuciones evasivas el utilitarismo, que el objeto de la acción no es otra cosa más que el placer.

En nuestra rápida marcha a través del inmenso terreno de la literatura filosófica moral, hemos reconocido que acerca de la esencia de la moral y su origen, se ofrecen las opiniones más diversas y contradictorias; pero acerca del mecanismo por medio del cual los conceptos morales deciden la acción y acerca del consciente o inconsciente fin de la acción moral, no hay más que una sola opinión, ya

sea expresada claramente u obscuramente y creada por la reflexión o por el presentimiento: los conceptos morales actúan por inhibición y el fin de la acción moral es una sensación de felicidad.

II

LA INMANENCIA DEL CONCEPTO MORAL

El pensar egocéntricamente es natural en el hombre; basta que no haya aprendido a elevarse del estrecho y profundo pozo de su egoísmo a un concepto del mundo más elevado y más libre. ni haya llegado a formarse una idea libertada de la influencia del amor propio acerca del sitio que ocupa en el universo y de su relación con respecto a éste. Hasta que haya llegado a un desarrollo intelectual muy adelantado no le cabe duda que todo cuanto le atañe personalmente, lo más ínfimo como lo más grande, es para el universo de una importancia insuperable, que el menor dolor de muelas que le atormenta tiene que causar un eco en todos los cielos, que la tierra tiembla presintiendo si tiene que dar un tropezón o dislocarse un pie y que las estrellas con su gravitación, de un modo misterioso que es sin embargo comprensible para los peritos, anuncian la hora de su nacimiento y de su muerte. Hay una fábula india que ridiculiza esta megalomanía pueril con cruel ironía. Cuenta que una zorra se cayó al río y estaba a punto de ahogarse: «El mundo se hunde» gargariza el animal en su agonía. Un aldeano que estaba en la orilla del río la contesta fríamente: «¡Ay, no! Yo no veo más que una zorrilla que se ahoga.»

Muchos filósofos moralistas, y particularmente todos los de la escuela de Kant, están afligidos de esta candidez egocéntrica. El fenómeno moral según ellos, es cósmico. La moral es la ley de la acción humana; por lo tanto, también de cuanto sucede en el mundo, la del universo. La moral es aún antes que la ley de la acción humana. Es independientemente de ésta. Sería, seguiría siendo, aunque no existiera el hombre, una humanidad, y por ende una acción humana. Los solemnes cerebros pueriles que proclaman devotamente esta doctrina no se dan cuenta de su ridiculez. No vacilan en someter a Sirio a los diez mandamientos. Para ellos es un hecho que la Vía Láctea practica la virtud y huye del vicio o debería huir de él, lo mismo

que nosotros, los ínfimos mortales. El mandato «No robarás» obliga hasta a la gravitación universal, y la prescripción: «No matarás», hasta a la electricidad que desgraciadamente, de un modo despiadado hace caso omiso de ella, como lo prueban con harta frecuencia el rayo y las desgracias que ocasionan los cables eléctricos. Si no amenazan a la naturaleza con la persecución de la policía y la cárcel en caso que se apartase del camino recto, es porque según ellos la moral es independiente de toda sanción, está por encima de castigos y recompensas, tiene su fundamento en sí misma, en su propio fin y es por esencia un poder que tiene fuerza obligatoria, y por lo tanto, no necesita ninguna coercición externa.

Semejante estulticia medita abunda no merece que se la trate seriamente. Corre parejas con la creencia que sucesos que ocurren en la humanidad, como guerras o pestes, son presagiadas por fenómenos celestes, tal vez la aparición de cometas y estrellas de fuego. Los astros giran en su trayectoria, el reloj del universo sigue su marcha como si la tierra estuviera hoy en día deshabitada como en la época de su estado incandescente, en fusión, o en su condición de nebulosa primitiva, sin importárseles nada que esta indiferencia pueda herir el amor propio del hombre. Podría admitirse que se quisiera llamar a la ley inalterable en cuanto se nos alcanza, según la cual actúan las fuerzas naturales y sigue su marcha el mecanismo del universo, su moral, solo que habría que tener bien entendido en este caso que se habla con sentido metafísico, que se emplea una parábola poética, que se le atribuye antropomórficamente al universo trazas humanas. La moral es un fenómeno limitado únicamente a la humanidad, o con mayor precisión aun, un fenómeno que aparece sólo en el radio de los seres vivientes porque los principios de la moral se manifiestan ya más allá del nivel del hombre y se desarrollan paralelamente al conocimiento y espiritualidad de los seres vivientes. Es una función de la vida, dependiente de ésta, producida y desarrollada por ella conforme a su propia necesidad y de su misma índole, y fuera de la vida es tan poco imaginable como por ejemplo, el hambre, la ambición o la gratitud.

La moral es un conjunto de mandamientos y prohibiciones que opone la razón a los impulsos orgánicos, mediante los cuales estos últimos son obligados a realizar acciones que no quisieran hacer, o se encuentran impedidos para realizar acciones que quisieran hacer. Por lo tanto, las

primeras premisas de la moral son la existencia de una inteligencia bastante desarrollada para elaborar representaciones claras de algo futuro, es decir, la percepción de las consecuencias que produciría determinada acción. De esta visión interior de la imagen del efecto de una acción resulta para la inteligencia la resolución de realizar o de impedir esta acción. Con esto está dado el límite inferior del desarrollo donde por vez primera puede hacer su aparición la moral como motivo de la acción o de la supresión de la acción. Es ante todo previsión, y por tanto, sólo puede originarse en una inteligencia que desde luego esté lo bastante desarrollada para concebir el pensamiento del porvenir y para poder crear una representación del mismo. Tiene que ser capaz de hacer salir de la memoria elementos de representación según las reglas de la asociación de ideas y agruparlas lógicamente en un nuevo orden. Dicho de otro modo: hasta tanto que la razón no puede convertir lo pasado en lo presente y evocar de ello lo futuro, no hay sitio en ella para la moral.

Este axioma no requiere ninguna limitación aunque sí un breve comentario. Es cierto que la moral es previsión, pero únicamente en los hombres de superior espiritualidad llega ésta a adquirir tal grado de precisión que permite reconocer los efectos de las acciones o de su supresión como imágenes firmemente dibujadas, enteramente claras que pueden ejercer una influencia repelente o atrayente. El hombre del tipo medio puede obrar moralmente sin tener primero que elaborar representaciones claras de lo futuro. Le basta con que haya sido educado en la costumbre de respetar prescripciones valederas, de conformarse a las opiniones que rigen en el ambiente de su vida acerca del «bien» y del «mal», lo admisible y lo inadmisibles. Claro está que esta clase de moral es instrucción o adiestramiento, que es automatismo ejercido sin reflexión, subordinado y no comparable con la viva, creadora moral de más elevada índole, la cual como soberana legisladora en todas las situaciones, prescribe su propio reglamento y de un modo seguro guía al hombre en el camino de la vida, así como el ángel tutelar de la fe pueril del carbonero, le enseña la recta dirección en las encrucijadas y le evita los tropiezos en los hoyos y las piedras de la ruta. Sin embargo, puede ser suficiente por lo regular, esta moral mecánica. En la mezquina existencia, pobre en acontecimientos, del hombre vulgar que se ajusta a patrones establecidos es una aceptable guía y consejera que

queda como algo exterior y ajeno para el fuero interior del hombre, y a la cual engaña de buen grado, como un esclavo al ballío o capataz de su amo, y se burla de ella cuando puede, sin exponerse al peligro de latigazos, y si por acaso su destino se alza inesperadamente por encima de la bajeza más ordinaria, esta dogmática, no interiormente vivida moral, le abandona y gime lastimosamente el dicho conocido: «es fácil cumplir con su deber; lo difícil es reconocer cuál sea el deber».

Luego, la razón capaz de prever los efectos de la acción prescribe al hombre lo que debe hacer o lo que debe suprimir, cuando puede seguir sus impulsos y cuando debe oponerse a ellos, según juzga los previsibles efectos de su abandono al impulso como buenos o malos. Pero ¿de dónde saca la razón la medida para juzgar las acciones de los hombres y sus efectos? ¿Cómo llega a establecer los conceptos fundamentales de «bueno» y «malo» y qué significación tienen para él? De una manera muy general habrá que contestar a estas preguntas que los juicios de valor moral proceden de convencionalismos sociales, que la razón reconoce como bueno aquello que aprueba, desea y desde luego alaba la opinión de la colectividad, la cual, por su parte, repite las palabras de las individualidades autorizadas, es decir, de las individuos más considerados, más poderosos, más elevados, y condena como malo lo que la opinión de dichas individualidades reprueba, censura y repudia. El problema de lo que es «bueno» y lo que es «malo» no queda resuelto con estas definiciones, sino tan sólo transferido. El juicio de valor de la moral no es ya una creación de la razón del individuo, sino la de la opinión de la colectividad. Más adelante tendremos que mostrar por cuáles consideraciones la colectividad distingue entre los hechos aceptables y repudiables, llamando a aquéllos buenos y a éstos malos. Aquí basta consignar que la razón toma la ley moral que constantemente pone de manifiesto al hombre que obra, en la opinión de la colectividad.

Puede darse el caso que la razón repruebe la opinión de la colectividad y llegue a un juicio que le es opuesto. Este alzamiento de la moral individual contra la convencional es la gran tragedia del hombre. Sólo puede darse en espíritus heroicos, pues los mediocres y tibios se someten siempre a los modos de ver de la mayoría. El peligro del yerro es inminente y urgente. Sin embargo, no es raro el caso que el individuo tenga razón en contra de la

colectividad y sirve entonces este ejemplo de estímulo a la colectividad para examinar de nuevo las reglas tradicionales, rectificarlas o recusarlas. No quiere decirse que sea éste el único, pero sí el más corriente mecanismo del desarrollo o de la transformación de la moral. Su progreso exige mártires. Fuertes personalidades tienen que sacrificarse para hacer forzosa una revisión de los valores morales. Sócrates tiene que apurar la copa de cicuta para que el pensamiento libre consiga el derecho de poner en duda la fábula de la existencia de los dioses. Jesús tiene que provocar la peligrosa indignación de los fariseos para poder emplear con la mujer adúltera indulgentes sentimientos humanos en vez de la rígida ley. Mas la rebeldía de una obstinada moral subjetiva contra la ley moral establecida, queda siempre siendo una excepción: la regla es la sumisión a la ley moral establecida. Hasta es también la necesaria premisa para que exista una insurrección contra la ley moral de la colectividad. Porque únicamente una fuerte educación social desarrolla en el hombre un sentimiento tan refinado, un sentido tan vivo de lo bueno y lo malo, que no puede decidirse a realizar acciones generalmente aprobadas como buenas y que su propio juicio no reconoce como siendo morales. Quien no ha llevado una severa disciplina a esta profundización del sentimiento moral, no sabe nada de escrúpulos mientras sigue borreguilmente la pista de la muchedumbre.

Según lo dicho, la razón ejerce, por lo general, su predominio sobre la acción del individuo conforme a las reglas prescriptas por la colectividad. Antes de ser realización de lo bueno y rechazo de lo malo, la moral es consideración al medio ambiente, puesto que éste es quien ha creado el concepto y la medida de lo bueno y lo malo, y para no ir contra él, para quedar siempre conforme con él, se aplica el individuo a practicar lo bueno y a abstenerse de lo malo.

Los místicos de la Etica se muestran profundamente escandalizados por la constatación de este hecho. ¡Qué degradación y empequeñecimiento de la moral! ¿cómo? ¿conque es decir, que no es más que una especie de pleitesía rendida a la muchedumbre? ¡Se la practica para agrandar a los demás! ¡No es más que una comedia que representamos para provocar aplausos y conseguir salir al escenario! Esto es una blasfemia y una calumnia. El hombre moral de veras no mira en sus obras a la derecha ni a la izquierda, no se humilla. No condesciende a la pregun-

ta: ¿qué dirán las gentes? No tiene más juez competente que su conciencia

Todo esto está muy bien. Pero ¿qué es la «conciencia», si se penetra en la mística niebla de palabras en que se suele envolver este concepto? La conciencia es el constante representante de la colectividad en el conocimiento del individuo, así como la opinión pública de la sociedad puede definirse como la conciencia exteriorizada en cada uno de sus miembros. Ella ejerce simbólicamente los derechos que pertenecen a la colectividad, elogia y reprende, alaba y condena, recompensa y castiga como pudiera hacerlo la colectividad y formula realmente sus sentencias en nombre de la colectividad, aun cuando no las preceda dicha fórmula. Está tácitamente comprendida y en pensamiento siempre hay que añadirla. La conciencia es el lazo interior que une al individuo con determinado grupo social, así como la lengua, la costumbre, la tradición, el régimen del Estado representa el lazo exterior. Pero el origen social y la naturaleza representativa de la conciencia determinan también los límites de su poder. La conciencia es una autoridad provista de respeto y de atribuciones muy extensas, solamente en el conocimiento de aquellos individuos que poseen un sentimiento de solidaridad vigoroso, y de intento no digo de aquellos en los cuales predomina el instinto gregario, porque este modo de expresarse llevaría aparejado en apariencia algo de menosprecio y reprensión que no está en mi ánimo. Pues que el sentimiento de solidaridad es natural en el individuo nacido, educado, activo en el seno de una sociedad, que participa de sus sentimientos, modos de ver, intereses y también de sus prejuicios y errores, siendo la falta de este sentimiento en el individuo síntoma de un extravío morboso de la norma. Solamente el degenerado es interiormente un ser siniestramente aislado, ajeno a su medio humano e indiferente o marcadamente hostil hacia él; es, según la intensidad y la polarización de su vida instintiva, el anarquista apasionado o el criminal nato; no tiene ni entendimiento, ni siquiera oído para la opinión pública de su medio; para él, ésta no tiene la más mínima importancia, no atribuye valor ninguno a su aprobación y le deja frío su indignación; sólo la tiene en cuenta porque sabe que tiene el poder de aniquilarle y porque teme a su policía, sus cárceles y su horca. Para este malhechor por predisposición orgánica, sería de suma necesidad la conciencia. Le detendría en el plano inclinado de sus malsanas tendencias. Le apercibi-

ría a resistir a los malos impulsos de su egoísmo. Pero precisamente, él no tiene conciencia. No puede tenerla. Es antisocial, se encuentra en pie de guerra contra la sociedad, están rotas las relaciones diplomáticas entre él y ella; no tiene la sociedad representante en su conocimiento. Un sentimiento vivo y activo de la solidaridad con la sociedad es la premisa del poder de la conciencia en el individuo. La conciencia está muda, está paralizada donde este sentimiento falta.

La esencia de la moral, como lo hemos reconocido, es la sumisión de los instintos e inmediatos impulsos orgánicos del individuo bajo la disciplina de su razón. Ejerce ésta una censura cuya ley encuentra no en sí misma, sino fuera de ella, en las prescripciones de la colectividad. Por ella le está ordenado lo que tiene que permitir, lo que tiene que prohibir, lo que tiene que exigir. La conciencia asegura el respeto a sus mandamientos, por lo cual se la puede definir el poder ejecutivo o el policía de la razón que hace las veces de la autoridad moral. Es la guarnición mantenida por la colectividad en el conocimiento del individuo, por ella armada y provista de poderes e instrucciones y fuerte por tener la fuerza de la colectividad detrás de ella y que sólo carece de influencia en las naturalezas rebeldes que se encierran frente a las tropas de la colectividad y no pueden ser forzadas más que por el empleo de la violencia viva. Prueba todo esto de un modo irrefutable que la moral es un fenómeno de la vida en común de los hombres y su trabajo una función social. Si cupiera imaginarse dentro de las condiciones en que la humanidad actualmente vive, un individuo totalmente desligado del género humano que pasara su vida solitario, en este caso la moral no tendría ningún sentido para él. Su concepto no podría formarse en dicho individuo. No tendría para él contenido ninguno. Lo bueno y lo malo continuarían siempre teniendo para él el significado primitivo de una denominación de cualidades sensoriales, de agradables o desagradables impresiones del olfato, del gusto, etc., y no podrían espiritualizarse ni podrían alcanzar empleo para la calidad de las acciones. No podría relacionar ningún concepto con las palabras deber y derecho. No sabría la significación de virtud y vicio, de conciencia y arrepentimiento. La moral sólo puede originarse cuando el individuo vive con sus semejantes en una conexión social. Es una consecuencia de estas conexiones. Es la condición mediante la cual solamente la sociedad puede perdurar.

37231

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Pero hay que tener cuidado de no confundir al individuo aislado con el desamparado. Robinsón, arrojado por el naufragio en una isla desierta y obligado a vivir allí sin compañero, no es el hombre primitivo. Es un hijo de la civilización que ha tenido mala suerte. Lleva a su soledad forzosa la costumbre de pensar propia de su ambiente hereditario. Permanece dentro del radio del concepto de la moral aun cuando no tiene ocasión de obrar según sus prescripciones. Puede ser, aunque no en acto, por lo menos potencialmente un modelo de virtud o un bribón; puede tener una conciencia delicada o torpe. Continúa siendo hombre de sociedad sin sociedad y pensando y sintiendo socialmente. Por hombre primitivo, entiendo al hombre de antes del origen de la sociedad. Porque en contradicción a la escuela sociológica que niega el individuo, que tiene el atrevimiento de negar su existencia y sostiene que la sociedad es lo primitivo, más antigua y anterior al individuo, creo haber demostrado («El sentido de la Historia») que el hombre por su naturaleza no es un ser gregario, sino que vivía solitario y bastándose a sí mismo mientras las condiciones climáticas bajo las cuales hizo su primera aparición en esta tierra, le facilitaban la existencia sin más ayuda que sus fuerzas y aptitudes individuales y que solamente llegó a juntarse en manadas, rebaños, hordas, primeras formas de la sociedad ulterior, cuando al ocurrir la entrada de la primera época glacial después de la aparición del hombre, la lucha por la existencia haciéndose cada vez más dura y más penosa, excedía a las capacidades del individuo que sólo podía sostener su vida contra la naturaleza convertida en hostil, mediante la confederación con los congéneres.

Ese hombre primitivo de la edad de oro geológica anteglacial no conocía la moral y no la hubiera conocido nunca, en cuanto podemos apreciar, si se hubiesen mantenido las condiciones paradisíacas de vida de su época originaria y si el clima no hubiese empeorado. La invasión del frío mortífero, la necesidad de protegerse contra él buscando refugio en las cuevas naturales o mediante abrigos artificiales, de encender lumbre y mantenerla, la reducción también o la desaparición del alimento vegetal, su sustitución por el botín de la caza y la pesca, le obligaron a unir sus esfuerzos con los de los compañeros que participaban de su miserable suerte. Pero para poder sostener la asociación con los demás era necesario aprender una nueva ciencia que antes no había conocido, no te-

niendo necesidad de ella: la del miramiento para con el compañero. Ya no podía pensar solo en sí mismo, no tener en cuenta en cualquiera situación más que su propia arbitrariedad, abandonarse y ceder a todos sus caprichos constantemente, sino que también tenía que pensar siempre en el vecino y cuidarse de no suscitar su cólera, no concitarse su enemistad y no llegar a hacérsele insoportable. La consideración para con el vecino era la condición de la vida común, así como la vida común era la condición de la conservación de sí mismo. El abandonarse al egoísmo llevaba consigo como pena inmediata el duro talión, el castigo, quizá el homicidio, en todo caso la expulsión de la asociación. El hombre sólo podía elegir entre dominarse a sí mismo o perecer, y este dilema le sirvió de educación para la moral.

Así es como hemos de figurarnos los orígenes de la moral. No se trata de nada premeditado o propuesto, sino que surgía naturalmente de la vida en común de los hombres y se desarrollaba junto con la sociedad. Si la lucha por la existencia hizo necesaria la vida en común, el primer mandamiento forzoso de la comunidad era imponer a todos sus miembros una regla de conducta que únicamente hacía posible la existencia de la comunidad y la condición fundamental de esta regla de conducta era la mutua consideración. Sin ella no pueden coexistir ni obrar dos egoísmos. Se aniquilan o huyen uno de otro. Es un fenómeno que podemos observar ya en los animales superiores. Los elefantes que viven en bandadas expulsan a los individuos pendencieros y les obligan a vagar solitarios, separados de los demás. Los indígenas de Ceylán y de las Indias temen a estos «Bachelor elefantes», como especialmente salvajes y fieras y creen que lo son a causa de su aislamiento. Puede creerse más bien que estos animales han sido expulsados de su bandada porque se mostraban feroces y salvajes, porque su índole se sublevaba contra la disciplina. Sorprendemos aquí los primeros albores envueltos todavía entre sombras, del fenómeno moral en una comunidad animal.

Una vez introducido el pensamiento del origen y del desarrollo en el concepto de la moral, no hay que decir que se inicia con meras indicaciones y que sus comienzos groseros, torpes, apenas bosquejados, gradualmente se perfeccionan, se refinan y se diferencian. Al principio, el hombre se limita tan sólo a evitar las infracciones más brutales contra el vecino, tales como inflicciones de dolor,

lesiones, amenazas de muerte, despojo cometido abiertamente. A medida que se va espiritualizando su sensibilidad y aprende a sentir como ofensas y humillaciones otros agravios que los golpes dados con los puños o con el palo, llega al punto de abstenerse también de esas mortificaciones inferidas al prójimo que no le producen heridas sangrientas, pero hieren su personalidad espiritual.

Se elabora una escala de valores que cada vez va siendo mayor, más complicada, más rica en gradaciones, y se eleva desde los simples mandamientos sin artificios: «no mates», «no hurtes», «no codicies la mujer de tu prójimo, ni desees ninguna cosa que sea de tu prójimo», hasta el martirizante reproche a sí mismo a causa de los más débiles e íntimos movimientos psíquicos de envidia, injusticia, codicia, disimulación.

Hay que considerar la moral como un instrumento útil, como un arma en la lucha por la existencia, en tanto que la existencia del hombre en las actuales condiciones climáticas de la Tierra y de la civilización creada por ellas sólo es posible en la sociedad y que la sociedad no puede existir sin la moral. Por lo tanto, la conclusión lógica es que sin moral no hay sociedad, sin sociedad no puede existir el individuo; por consecuencia la moral es la condición para la existencia, tanto del individuo como de la colectividad. Por supuesto, hay siempre que retener en la memoria la limitación «en las actuales condiciones climáticas de la Tierra». Si la Tierra hubiese permanecido siendo el paraíso que ha debido ser al principio de nuestro género humano, puesto que en caso contrario, éste no habría podido nacer, entonces no se habría nunca dado el caso de la necesidad para el individuo de unirse con los congéneres, no se habría formado nunca una sociedad y no habría nunca existido una moral. Aunque tratándose de una cosa tan seria, no se puede pensar sin sonreírse en la grotesca figura que harían los catedráticos y consejeros íntimos neo-Kantianos con su doctrina de la naturaleza absoluta y cósmica de la moral en medio de una humanidad a la cual el favor de la naturaleza permitiera la satisfacción de todas sus necesidades, con tanta facilidad como a la rana en su charca y a la corneja en la enramada del árbol. De su moral absoluta no descubrirían ni rastro entre los hombres y tendrían por fuerza que ir a buscarla en el firmamento estrellado.

De la esencia de la moral como instrumento útil en la lucha por la existencia, se deriva sin dificultad el ori-

gen y la naturaleza de los conceptos de bueno y malo. Hay inclinaciones y acciones que facilitan y hasta hacen posible a los hombres la vida en común; el amor al prójimo, la condescendencia, la generosidad, la consideración para con los sentimientos de los demás, la amabilidad; y hay otras que la dificultan y hasta la hacen imposible; el desenfrenado egoísmo, la violencia, la crueldad, la rapacidad, la instintiva hostilidad contra el prójimo. Los hombres reconocieron que aquéllas les eran útiles y éstas perjudiciales. Aquellas merecieron su beneplácito, éstas su reprobación, su repugnancia o sus reparos. El tono del sentimiento que acompañaba la observación de las acciones de la primera clase era de la misma calidad que aquel con el cual reaccionaba ante las imposiciones sensoriales provechosas, útiles, ventajosas y bienvenidas; el tono del sentimiento con el cual se enteraban de las acciones de la segunda categoría, tenía la calidad de aquel que producirían impresiones sensoriales nocivas, repugnantes. Conforme a la ley del modo de pensar analógico asimilaban las acciones sentidas como agradables a las impresiones agradables del gusto y del olfato y las acciones repugnantes a las desagradables impresiones de los sentidos y aplicaban a dichas acciones las calificaciones que primitivamente sólo valían en el dominio de los sentidos llamando a aquéllas buenas y a éstas malas.

No es necesariamente útil todo lo que es agradable a los sentidos. Hay venenos que son agradables al gusto y no dejan por eso de ser deletéreos, como, para mencionar un sólo ejemplo, las bebidas alcohólicas, y hay impresiones de cierta clase, como la voluptuosidad, que busca el hombre ávidamente aunque destruyan su salud. Pero éstas son excepciones. Por lo general, siente no solamente el hombre, sino también todos los seres vivos, como agradable únicamente lo que le conviene, y probablemente la categoría del sentimiento que reconocemos agradable no es otra cosa que la condición de la cenestesia cuando el organismo, bajo la influencia de la alimentación o de una sensación determinada, funciona con especial energía, cuando siente desarrollarse sus funciones vitales de un modo particularmente vigoroso, sin trabas, armonioso; así como percibe el estado de cenestesia como desagradable si acompaña a un funcionamiento del organismo malo, impedido, peligroso para la conservación de la vida. Con la indicada reserva, podemos decir, en general, que son equivalentes bueno y útil y agradable y malo y perjudi-